

LÍNEA DEL TIEMPO

ARMANDO V. FLORES SALAZAR*

La Facultad de Arquitectura en CU



El amanecer del lunes 8 de enero de 1962 fue tan oscuro, frío, lluvioso y prolongado como toda la noche invernal que le precedía. Fue también el primer día de clases, después de las vacaciones escolares de invierno, lleno de expectativas, porque dichas clases las tomaríamos los estudiantes de arquitectura en el nuevo edificio emplazado en Ciudad Universitaria. Dejábamos la anterior sede en una casona adaptada para ello, ubicada en la céntrica calle de Matamoros al poniente,¹ casi

en esquina con la de Dr. Coss, en la que mi generación, 1959-1964, cursó la mitad justa de la carrera.

Había que tomar en el centro el transporte urbano colectivo, antes de las seis de la mañana, para atravesar la ciudad de sur a norte y estar a tiempo para la diaria clase de las siete. El atestado camión, sin límite de cupo ni de velocidad, se enfiló ruidoso con su abrigado contenido humano por las estrechas y húmedas calles al más retirado de sus destinos.

Ese día, la primera página de la segunda sección del periódico *El Porvenir*² se coronaba con una atrac-



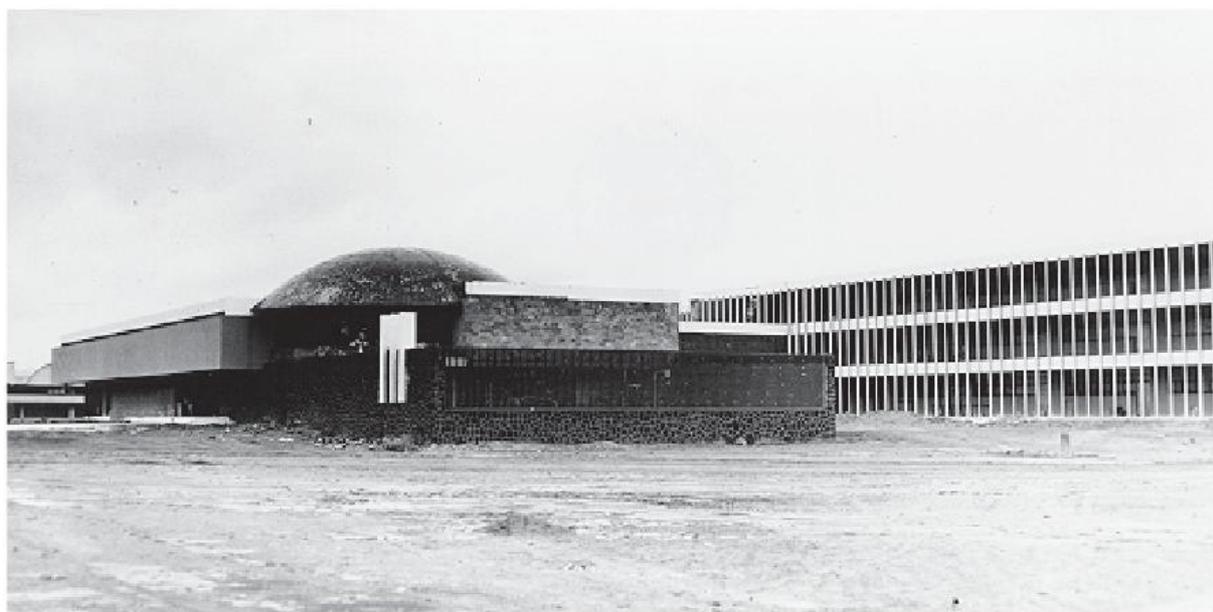
* Universidad Autónoma de Nuevo León, F.A.
floresalazar@yahoo.com

tiva fotografía a cuatro columnas en la que se podía apreciar, en primer plano, parte de los cinco mil conscriptos, clase 43, que habían iniciado el día anterior –domingo– el servicio militar obligatorio, y al fondo, en segundo plano, espléndida, la Torre de Rectoría, nueva en el paisaje, con sus escasos tres meses de haber iniciado sus funciones. También abundaba en noticias sobre la vida universitaria, como la visita que haría el gobernador Livas Villarreal, ese día a las once de la mañana, para cerciorarse del avance de obras en el Estadio Universitario y en la Facultad de Filosofía y Letras; o el anuncio de la primera sesión del Consejo Universitario convocada por el nuevo rector, José Alvarado Santos, a sucederse el jueves 11 a las ocho de la noche, para tratar con urgencia el posible aumento en las cuotas escolares y el reglamento de asistencia para validar los exámenes estudiantiles.

Bajamos del transporte urbano en Ciudad Universitaria un festivo grupo de estudiantes a un escenario húmedo, frío, encapotado de nubes grises e iluminado por una difusa fuente de luz cenital pla-

teada. La condensación, por contraste de temperaturas, reinició en los atónitos espectadores la exhalación de vaho por la boca al hablar y por las fosas nasales al respirar. Al bajar del camión a la amplia banqueta, quedamos frente a un paisaje urbano nuevo, moderno y monumental que obligaba a contemplarlo en silencio y sin prisa, a pesar del viento frío y la pertinaz llovizna.

El paisaje urbano que se desplegaba ante nuestros ojos comenzaba en el extremo izquierdo, tal vez obligados al ver el autobús continuar su ruta y desaparecer, con el edificio de Ingeniería Civil, encubierta con la cimbra de andamios instalada frente al muro cóncavo donde Federico Cantú y sus colaboradores estaban por concluir el relieve de “Netzahualcóyotl y el agua”; enseguida, el edificio de Talleres y Laboratorios comunes para los estudiantes del área, con su característico perfil “diente de sierra” que los coronan las cubiertas laminadas de cascarón de concreto; le sigue, cambiando de dirección en posición perpendicular, el edificio de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, aligeraba su austero cuerpo horizontal con





los pasillos al sur limitados por atractivos parasoles revolucionados; como vecino inmediato, el edificio de Arquitectura, con sus masivas franjas horizontales, y en el extremo derecho un casquete cupular que suavizaba la rigidez lineal; y portentosa, erguida sobre escalinatas y plazoletas, la esbelta Torre de Rectoría, con sus cuerpos acristalados y doce niveles; y de nuevo cambiando de dirección, extendida hacia el sur, la gran plaza explanada, con su relieve al centro y su marginal monumento y fuente, enmarcando las rítmicas astas para las banderas panamericanas, y como gran cierre del recorrido anular, a nuestras espaldas, el colosal estadio que apenas emergía portentoso del suelo que lo anclaba.

Sin la prisa de los demás por evitar la llovizna, caminé cruzando el pavimento rectangular del estacionamiento vacío, con lentitud; contemplando al fondo, como meta, el edificio que me esperaba, engrandecido por la luz interior desbordada de sus pasillos y salones, y, al mismo tiempo, minimizado en la base de un enorme cubo de cielo invernal. Mis pensamientos se distrajeron, antes de alcanzar la banqueta, por la algarabía de algunos estudiantes que se divertían infantilmente al patinar sobre delgadas ca-

pas de hielo, fabricadas por el frío nocturno, tratando de no perder el equilibrio.

La posibilidad de construir el edificio para la Facultad de Arquitectura –junto con la Torre de Rectoría y el Estadio Olímpico Universitario– había sido anunciada por el gobernador Raúl Rangel Frías, el 15 de mayo de 1960, junto con el saludo que por el Día del Maestro envió a los profesores universitarios. Dos meses después, el 26 de julio, el rector Joaquín A. Mora Alvarado hincaba en el suelo el ritual zapapicazo, para dar inicio a la construcción del edificio de Arquitectura, mientras que el gobernador hizo lo mismo en la Torre de Rectoría y el novel presidente del Patronato Universitario,³ Manuel L. Barragán, en el Estadio Universitario. El proyecto arquitectónico y constructivo se generó desde la Oficina Técnica de Ciudad Universitaria, dirigida por el arquitecto Eduardo Belden, director de la Facultad de Arquitectura, y el ingeniero Federico Garza Tamez, director de la Facultad de Ingeniería Civil, y operada por los arquitectos maestros José Sánchez Villarreal, como jefe de taller y vocero de la oficina; Eduardo Romero Jasso, José Garza González, José Ignacio Suárez Leroy y Mario de Zamaco-



na, como coordinadores de proyectos, y un selecto grupo de estudiantes destacados como dibujantes de planos.

La privilegiada vecindad inmediata del edificio de Arquitectura con la Torre de Rectoría quedó determinada desde el proyecto definitivo de la Ciudad Universitaria por diversos factores, como el predominio de arquitectos en la planeación del conjunto universitario (Joaquín A. Mora, Eduardo Belden, Pedro Ramírez Vázquez, José Sánchez Villarreal, Ernesto Romero Jasso y otros); la amistad entrañable de Joaquín A. Mora con el rector- gobernador Raúl Rangel Frías; la destacada participación del arquitecto Eduardo Belden como miembro del Patronato Universitario, de la Oficina Técnica y funcionario universitario, y, la de más peso, por el criterio racional y funcional que guía al proyecto del conjunto: la conexión cercana que debería tener con el previsto

Museo de Arte —que nunca se concretó—, como parte de los elementos coadyuvantes de la Rectoría y pensados alrededor de la plaza explanada.

El edificio se compone de dos cuerpos rectangulares, alineados en el eje oriente poniente, el del primer plano de dos niveles y el del fondo de tres, paralelos, separados entre sí por patios ajardinados y conectados al centro por otro cuerpo perpendicular que los une en función de pasillo. El edificio frontal presenta como imafrente dos cuerpos horizontales diferenciados por la recesión de sus planos: la planta baja o primer nivel se retrotrae con respecto al segundo nivel, que se proyecta al frente en cantiliver, como muro ciego que se prolonga regular de lado a lado, propio o pensado para ser contenedor de un mural.

En la planta baja se ubican las oficinas administrativas a la izquierda, un gran vano a manera de

acceso principal al centro y una cafetería con terraza jardín a la derecha, mientras que la planta alta aloja, en el mismo orden, la biblioteca, los cubículos para maestros y un auditorio de planta circular, cubierto por una bóveda semiesférica.

El edificio al fondo, de tres niveles, se compone de dos cuerpos rectos y un tanto desfasados, uno para talleres de dibujo y maquetas y otro para aulas de clases teóricas, con generosos ventanales al norte, en función de luminosidad y amplios pasillos de circulación al sur, limitados en los tres niveles por continuos parasoles verticales, para optimizar la ventilación y mitigar las cargas térmicas solares. El desfasamiento en planta que diferencia la crujía de aulas de la crujía de talleres y su conexión con el cuerpo del pasillo central genera en la intersección un vestíbulo que hospeda las escaleras que interconectan los tres niveles, los servicios sanitarios de alumnos, un área de casilleros para útiles escolares, el cuarto de limpieza y mantenimiento y el plus de romper la monotonía al mediar distancias en las circulaciones horizontales.

El cuerpo perpendicular, que conecta a los dos cuerpos paralelos queda determinado en sus dimensiones por el gran vano del acceso principal en el primer cuerpo y, como éste, tiene dos niveles: la parte baja es un amplio porticado abierto y flanqueado por los jardines, mientras que la parte alta se percibe como puente peatonal por el desplante en sus límites longitudinales, de piso a techo, con muro de celosías hexagonales de terracota roja.

El conjunto queda distinguido por la masividad de sus cuerpos, la semicúpula que contrasta con la ortogonalidad del conjunto, el flotante frontón ocre con vocación de mural, el generoso vano de acceso que invita a la convivencia, el dominante muro frontal de piedra negra del Topo, que emerge del suelo en aparejo incierto con boquillas realzadas y la trinidad de astas banderas que lo conjura, el equilibrado

juego de formas horizontales y verticales, la piedra ocre laminada de San Luis, que recubre los cuerpos ciegos y los esbeltos y abundados parasoles del edificio de aulas, recubiertos con multicolores teselas vidriadas, cuya verticalidad reiterada crean un ritmo simple, duplicado por los vanos que generan un hipnótico juego visual de figura-fondo reversible.

Llegar a su interior exudado de luminosidad y limpieza, de tranquilidad y orden, entrar a su cobijo, luego de dejar atrás el trayecto oscuro y frío, permitió captar con inmediatez la lectura simbólica y la bondad de su promesa: “alentar la flama de la verdad”, como garante de una vida plena. Qué enorme diferencia ese reinicio a media carrera en una nueva sede, alegre y segura, con la otra, incierta y temerosa, del comienzo de la carrera en la anterior sede. El nuevo ejemplo referencial nos comprometía a ser fieles a sus abundantes promesas.

En números redondos fuimos 500 alumnos los que llegamos a las nuevas instalaciones a reanudar actividades en un sobrado conjunto previsto para atender a dos mil alumnos que, según la tasa de crecimiento, se tendrían en el transcurso de los siguientes diez años. El edificio permaneció inalterado de sus rasgos originales durante ese tiempo, pero no más.

El nuevo posicionamiento de alumnos y maestros, luego del drama vivido en la capital del país en octubre de 1968, nos llevó, en 1971, a la conquista violenta de la autonomía académica, a la paridad de alumnos y maestros, a una nueva Ley Orgánica⁴ – que todavía nos rige– y a un crecimiento poblacional ilimitado que, no previsto y mal administrado, trastocará el orden en todos los sentidos.

Conminados desde la administración central a generar ingresos propios para la atención de la creciente demanda, nos llevará a comerciar cuotas, servicios, productos y a fundar patronatos probeneficio institucional para su solución urgente e inmediata.⁵ El apoyo económico de la Federación a las depen-

dencias académicas basado en la cantidad de alumnado llevará a fomentar el crecimiento numérico en ellas –actualmente se atienden a 4,500 alumnos– y a una crisis exponencial en el espacio de trabajo y en los recursos humanos. La diferencia de criterios profesionales de los directivos, su poder incuestionable de intervención y la ausencia de criterios colegiados quedan documentados en el objeto intervenido como evidencia fehaciente.

La administración de Antonio Fuentes Espinoza (1974-1980) abre este periodo de sobrepoblación; con Óscar H. González González (1980-1986) se comienza la alteración de espacios existentes y la expansión del primer cuerpo con una nueva biblioteca y auditorio; con Humberto Montemayor Fernández (1986-1992) se le da continuidad al programa anterior y se agregan otras edificaciones, como nuevas aulas para el área de diseño industrial, expandiendo el segundo cuerpo, así como amontonando laboratorios, talleres y más aulas en el trasfondo. Con Jaime Suárez Garza (1992-1996) se minimizan los jardines interiores, se reubica semihundida la cafetería y se interviene el edificio frontal cambiando radicalmente su personalidad; con Guillermo Wah Robles (1996-2004) se construye, desarticulado del conjunto, espalda con espalda, el edificio para el Instituto de Investigaciones de Diseño Industrial.⁶ Las subsecuentes administraciones de Raúl Cepeda Badillo (2004-2010) y de Francisco Favela Bernal (2010-2013) heredan por inercia la postura y, aunque en menor escala, le han dado continuidad a esta práctica de intervención en deterioro de la propuesta original y de su lógica constructiva. Hoy, después de cincuenta años de servicio, el conjunto se manifiesta disfuncional, desarticulado, confuso, caótico, desordenado, sin poder negar la cruz de su parroquia y en espera de las acciones reversibles.

En cualquier punto, diacrónico o sincrónico, de su línea de tiempo, el edificio será siempre el docu-

mento fidedigno, revelador, confesional y denunciante espejo de sus usuarios.

REFERENCIAS

1. Los estudios formales de arquitectura en la entidad comienzan en 1936, con la presencia de maestros arquitectos (Luis Flores, Lisandro Peña) en las aulas de la Facultad de Ingenierías –civil, mecánica, química, agrónoma, arquitectura– de la Universidad de Nuevo León, con sede en el edificio del antiguo Colegio Civil. De allí se desprende en 1946 un curso vocacional para establecer la carrera de arquitecto, mismo que se formaliza como Facultad de Arquitectura a partir de 1948 y permanece en el edificio hasta 1956, fecha en que cambia de domicilio a la calle Padre Mier 280 poniente, acera sur, entre las calles de Cuauhtémoc y Garibaldi. En 1959, se cambia a la casona que dejó la Facultad de Ingeniería Mecánica para ocupar su edificio en Ciudad Universitaria, en la calle Mariano Matamoros 770 poniente, en la acera norte, entre las calles de Dr. Coss y Gral. Juan Zuazua, donde permanece hasta diciembre de 1961.
2. Periódico El Porvenir, segunda sección, lunes 8 de enero de 1962.
3. El Patronato Universitario inició sus labores en diciembre de 1950 bajo la presidencia del profesor Joel Rocha, puesto que ocupó hasta diciembre de 1958, cuando renunció para atender asuntos familiares de salud. El vicepresidente, don Manuel L. Barragán, ocupó la presidencia hasta su muerte en 1980.
4. El 26 de marzo de 1971 se aprobó la tercera Ley, misma que se derogó para dar cabida a la cuarta Ley, el 5 de junio del mismo año, y que aún sigue en vigencia.
5. El Patronato Probeneficio de la Facultad de Arquitectura se establece en noviembre de 1980, presidido por el médico Roberto Moreira y los arquitectos Antonio Fuentes, Luis Carrillo, Óscar González, Rodolfo García, José Sánchez, Jaime Suárez y Héctor González, entre otros.
6. Jesús Guajardo Mass. Reseña histórica de la Facultad de Arquitectura 1946-1996, UANL, 1998.